

ATENE  
BIBLIOTECA  
MADRID

# PLUMA y LAPIZ



NÚM. 79



## LA GLORIA

FUERTE y bueno entre los mejores, desde niño aspiró á la celebridad. Quería sentir sobre sus sienes la caricia del laurel inmarcesible; anhelaba que los demás hombres, sus semejantes pero no sus iguales, le admiraran.

Tenía talento y voluntad grandes; pero limitados como todo lo humano, como todo lo creado. De uno y de otra se valió para sobresalir. Para ello tuvo que luchar sin descanso; le fué preciso reñir tremendas batallas, de las cuales, aun cuando vencedor, salía siempre magullado y con alguna ilusión desvanecida. Sostuvo combates homéricos contra la envidia que engendra la maledicencia, contra la pusilanimidad que es madre de lo vulgar y rastrero, contra la avaricia que no sabe ni puede elevarse á la concepción de la generosidad, la única pasión que engendra lo noble y lo bello, fuentes eternas de vida.

Poco á poco, sin embargo, consiguió su objeto. Admirábanle los hombres; le respetaban los artistas; le aclamaba el vulgo. Con la fama llegó la riqueza, con ésta el bienestar, la dorada medianía.

Pero el artista no estaba satisfecho; aspiraba á un ideal que no había alcanzado aún.

Cuando, después de muchos años de empeñada lucha, estaba á punto de darse por vencido, ya que no consiguiera ver frente á frente la gloria, estrecharla entre sus brazos y aprisionarla en ellos, durmióse una noche y tuvo un sueño que disipó de golpe todo su afán.

En una gran planicie había una multitud de hombres reunidos con objeto ignorado. El artista se mezcló á los grupos. Algunos hombres le dijeron que eran los conquistadores de la gloria y que si quería tomar parte en la ascensión, no tenía sino que escalar, como ellos, la montaña.

El artista vió que un monte de desmesurada altura se levantaba cerrando los confines del horizonte y que sobre aquella montaña resplandecía un palacio de sin par arquitectura, formado por bloques y fustes de oro.

—¿Ese palacio?...

—¡Es el de la Gloria! — le contestaron.

Y la ascensión empezó, penosa, inacabable. Apc-

nas llegados á las primeras estribaciones del monte colosal, muchos hombres, sin fuerzas ya, anhelantes, sofocados, tuvieron que detenerse y pensar en la bajada. Otros, cayeron despeñados al llegar á los pasos difíciles, á los declives peligrosos, y los que continuaban ascendiendo no supieron ya más de ellos.

Diez ó doce, los más diestros y fuertes, aquellos para quienes el cansancio es una palabra vana, persistieron en su ascensión.

A medida que ganaban en altura, el palacio aparecía más replandeciente, como un solo bloque de oro. Divisábanse ya las puertasafiligranadas, las cornisas diamantinas, centelleantes por ráfagas de luz mil veces más viva y pura que la del astrorey.

Pero junto á lo que parecían cimientos del áureo palacio había abismos de una profundidad inconcebible, abrían sus fauces monstruos sin nombre y sin forma determinada, soplabael viento que oreala cabezas de los condenados y de los locos. El vértigo, el invencible vértigo, se apoderaba de los sentidos, hacía vacilar la mirada más firme, titubear el paso más seguro.

Todos, ó casi todos, sus compañeros habían perecido ó vuelto hacia atrás. Sólo dos ó tres, hipnotizados como él por la sobrehumana excelsitud de aquel palacio áureo, continuaban la ascensión penosa. Todos cejaron ó perecieron antes del supremo escalamiento. Sólo él, ardoroso, animado por fuerza incoercible, ascendió, ascendió sin descanso.

De repente, sus pies pisaron terreno firme y llano. El templo de la Gloria estaba ante él. Cincuenta pasos apenas le separaban de sus puertas.

¿Qué maravillas iba á encontrar dentro de aquella mansión fabulosa?

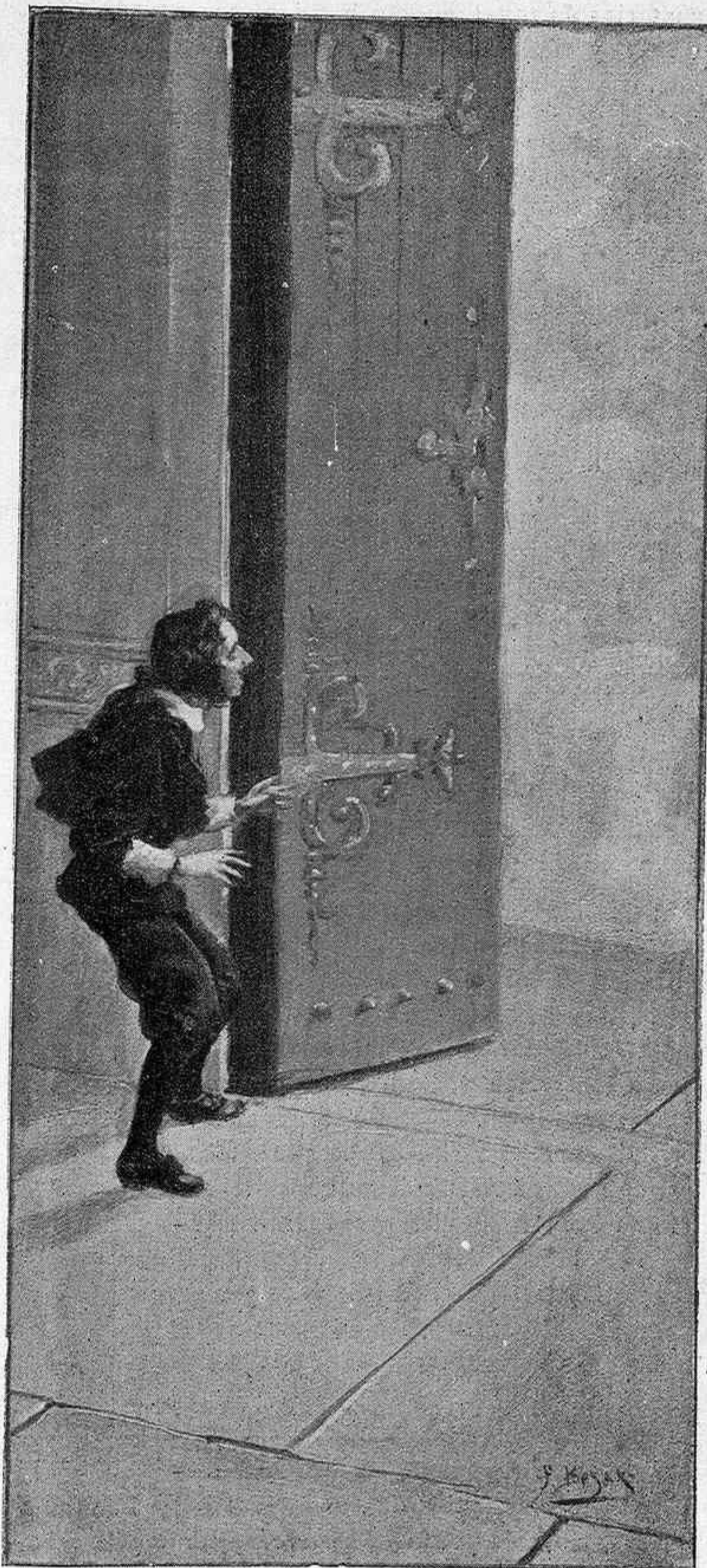
¿Qué riquezas se ofrecerían á sus miradas, qué tesoros á su codicia de hombre, qué beatitud á su alma de artista?

¿Qué vida iba á sonreírle dentro del templo excelso?

Temblando de emoción, transido de dolor, adelantó, llegó hasta la puerta. Al tocar una de las anchas hojas con su mano, al sentir la frialdad del metal, experimentó una impresión tan violenta que en poco estuvo que no cayera derribado sin vida. Pero se rehizo; todo el orgullo y toda la fuerza de su naturaleza fortificaron su voluntad, y empujó bruscamente la puerta.

¡Oh, maravilla! ¡Oh, decepción! ¡Oh, asombro. La puerta no se abrió contra un vestíbulo resplandeciente de jaspes y oro, no mostró una escalera de granito rojo con columnas de diamante, no dió paso á una sala fulgurante de inmortales creaciones encuadradas por paredes de mármol níveo; la puerta se abrió contra el vacío. La bóveda

azul, luminosa, centelleante de luz, apareció detrás de la puerta, y, más allá la pendiente del monte, otra pendiente abrupta como la que escalara, hundiéndose en el valle oscuro donde gemía la humanidad.



¡El templo de la Gloria no tenía sino fachada; por ambos lados era igual; las puertas se abrían contra el vacío!

A. RIERA

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

## DEFENSA DEL PASO DE LAS TERMÓPILAS

ERA un día tempestuoso del mes de Junio, del año 480, antes de Jesucristo. Regía los destinos del gran pueblo espartano su digno rey Leonidas. Habíanse congregado los magistrados y altos dignatarios de aquel pueblo heroico para acordar definitiva y rápidamente la forma de defender su patria, contra las amenazas de Jerjes que, al frente



de un ejército numeroso, avanzaba con ánimo resuelto de sojuzgarles.

Tenían en mucho, los espartanos, sus leyes, sus costumbres y sus territorios, para que, así como así, se dejasen someter. Además, su valor cien veces heroico y en mil ocasiones probado, dábales gran confianza para obtener la victoria, con la que estaban acostumbrados á contar de antemano.

Por tanto, las resoluciones fueron rápidas, acordándose desde luego, que al siguiente día, Leonidas, al frente de 300 espartanos partiría hacia el desfiladero de las Termópilas, para cerrar el paso al ejército invasor.

Los griegos, temerosos de que los espartanos fuesen pocos para tamaña empresa, ofrecieron 7000 de los suyos; pero Leonidas rechazó tomar su mando, diciendo:

—Mi amor á la patria y á sus hijos me impide tener que compartir con extraños las glorias que conquistamos.

Los griegos, á pesar de todo, siguieron á los espartanos para ayudarles y correr su suerte, aunque luego huyeron vergonzosamente, aterrados por la traición y el miedo.

Desde el momento en que los acuerdos de los espartanos quedaron firmes, la noche ya citada, el bullicio y la alegría de aquel pueblo de leones quedó substituído por el tinte, no de la tristeza, sino de la reflexión y seguramente de la duda. Más aún; sabían que su marcha había de ser eterna, puesto que antes de su partida los 300 espartanos celebraron sus propios funerales con juegos solemnes y lúgubres.

El mismo Leonidas, al despedirse de su esposa, con la gravedad del que ve cercana y segura la muerte, dijo:

—Allá nos reuniremos,—murmuró, extendiendo su nervudo brazo hacia el cielo.

—Está bien,—repuso ella con voz opaca, pero firme.—¿Qué tienes que encargarme?

—Que te enlaces con un valiente digno de mí, para que tengas hijos que nos honren á los dos.

Con estas sentidas y heroicas palabras, despidióse el Monarca de su esposa, y, poco después, al frente de sus 300 leones, seguido también por los 7000 griegos, marchó hacia las Termópilas.

Este desfiladero se encuentra situado entre Tesalia y Lócrida, formándolo el monte Olta y el mar Egeo.

Apenas hubieron tomado posiciones de gran ventaja, presentóse á Leonidas un heraldo de Jerjes, diciéndole:

—Jerjes se acerca con un ejército tan numeroso, que disparadas sus flechas obscurecen el sol...

—Tanto mejor—repuso el Rey espartano, con pasmosa serenidad,—así podremos pelear á la sombra.

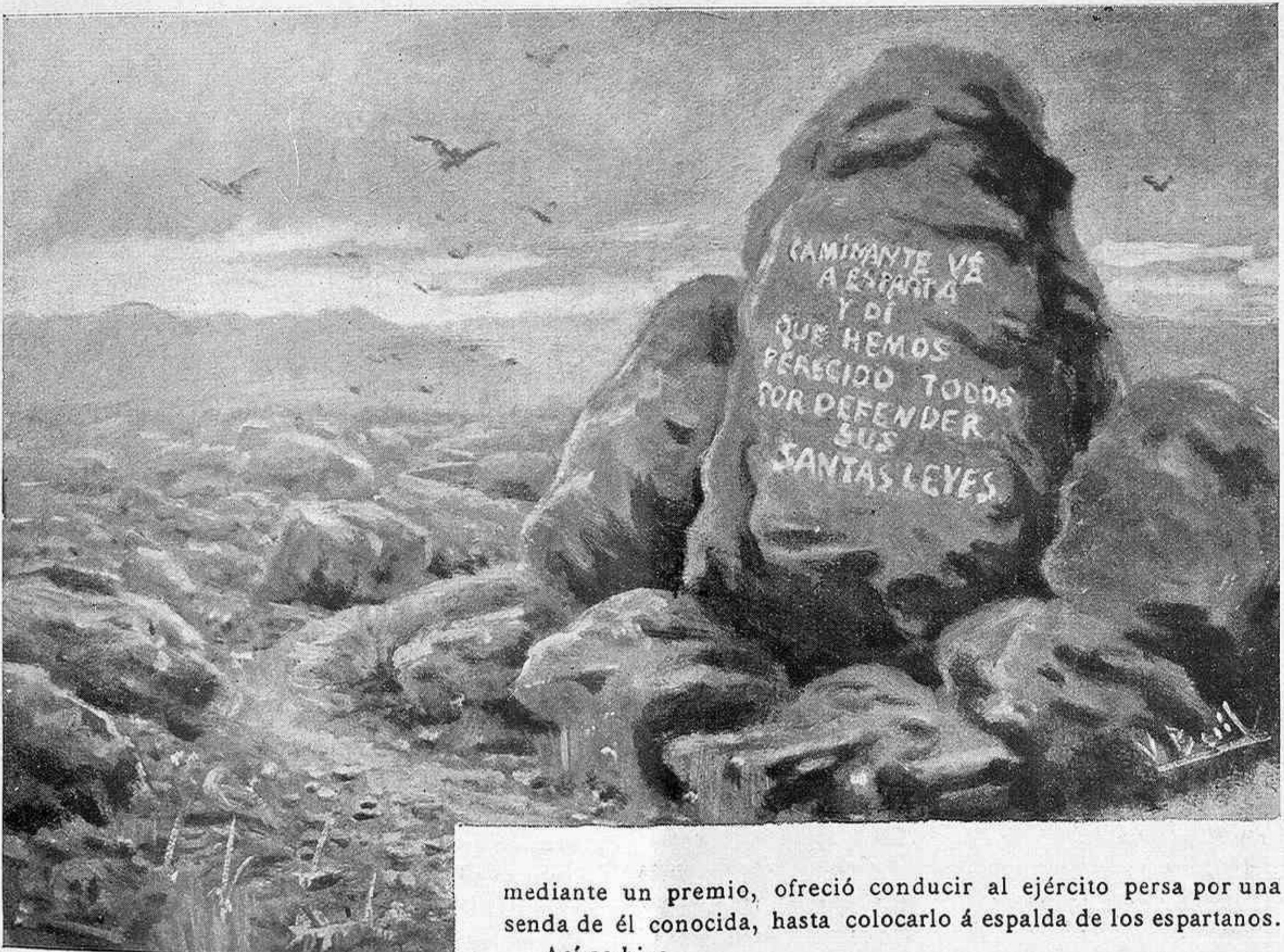
—No me has dejado terminar. Jerjes te intima para que entregues tus armas.

—Pues bien; ve y dile que venga á buscarlas.

Jerjes conocía perfectamente el alcance de tan espartanas respuestas, máxime cuando sabía que la ley espartana ordenaba á los suyos vencer ó morir. Por tanto, antes de exponerse á un desastre que diese en tierra con toda su fama, hizo mil halagüeñas proposiciones al enemigo, perdiendo toda esperanza de arreglo al recibir la siguiente respuesta:

—Los espartanos no compran á costa de una infamia eterna su autoridad; tienen su espada para la defensa y para la conquista.

Perdida toda esperanza, los persas avanzaron, intentando penetrar en el desfiladero, trabándose un combate, en el que los lacedemonios obraron prodigios de valor. Los persas caían al choque de los peñascos y cantos rodados como la mies al golpe de la hoz del segador. No había medio de resistir tan tremendo empuje, máxime cuando el ejército persa quedaba mermado en su mitad. En su vista, quién sabe si Jerjes acariciaba la idea de una vergonzosa retirada ó la de pedir nueva tregua para intentar algún convenio. Nadie puede afirmarlo, pero si lo pensó, debió desistir con gran gozo, ante la proposición traidora del griego Efaltes, quien,



mediante un premio, ofreció conducir al ejército persa por una senda de él conocida, hasta colocarlo á espalda de los espartanos.

Así se hizo.

Cuando Leonidas tuvo noticia de que se hallaban copados, envolvióse en su regio manto, inmoló una víctima á sus dioses, comió con sus compañeros de armas, engalanadas como en un festín, y se abalanzó sobre el enemigo, al que hizo retroceder por cuatro veces. Pero la huída de los griegos y el excesivo número de los persas dieron fin á todos los espartanos, de los que sólo uno se salvó...

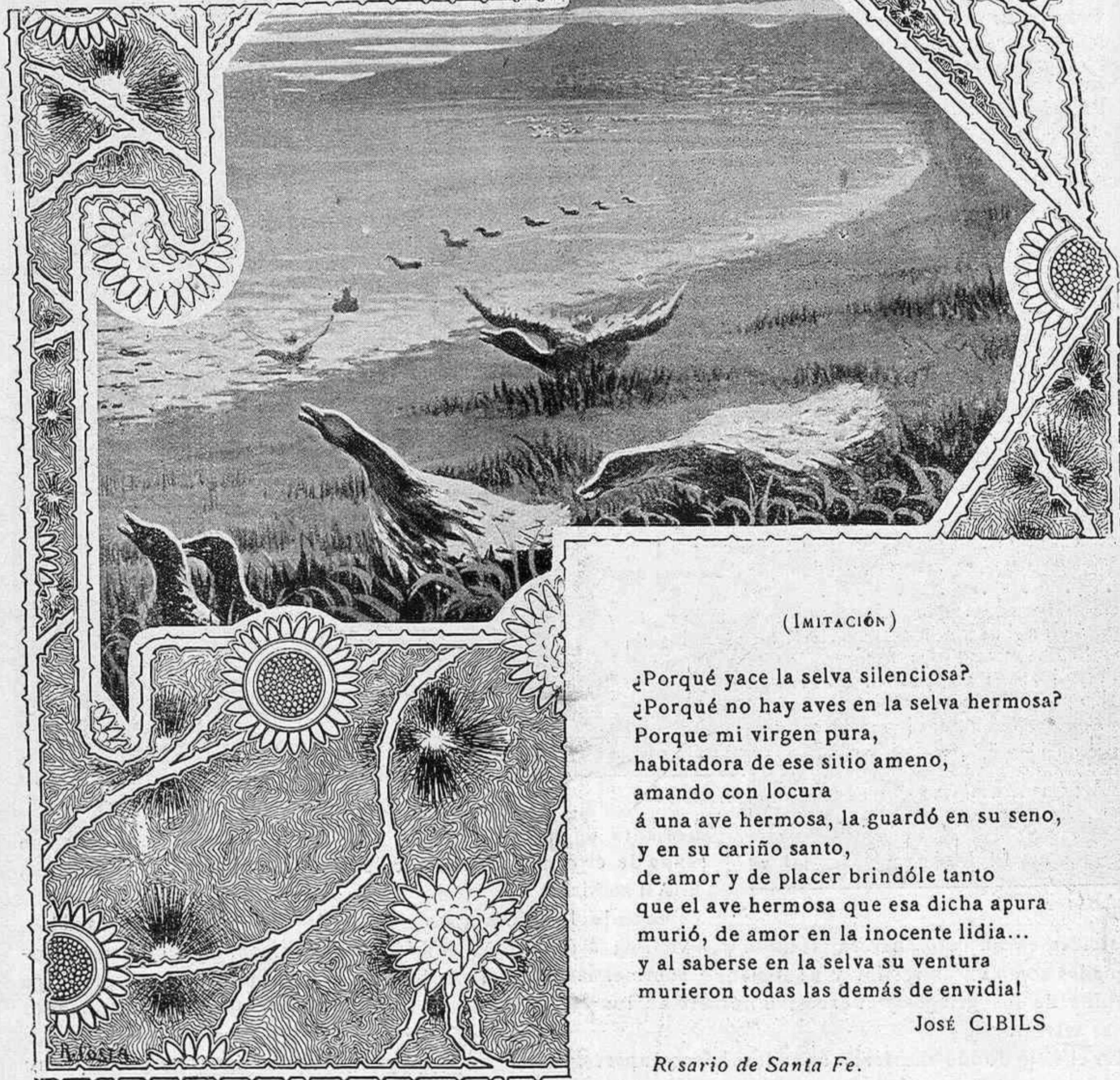
En el sitio donde murieron aquellos héroes apareció un tosco monumento con la siguiente inscripción: *Caminante, ve á Esparta y di que hemos muerto todos, por defender sus santas leyes.*

R. B. GIRÓN

## MADRIGAL

¡Oh, cruel amada mía!  
no desprecies los versos y las flores  
que, cual prenda de amores,  
tu desdeñado adorador te envía.

A estas flores del prado  
y á estos versos de mi arpa desprendidos,  
guárdalos en un cofre perfumado  
con todos tus recuerdos más queridos:  
que puede que algún día,  
transcurriendo los años,  
encuentres en mis flores  
el bálsamo que cure tus dolores,  
y en medio de tus crueles desvaríos  
alivio encuentres en los versos míos!



(IMITACIÓN)

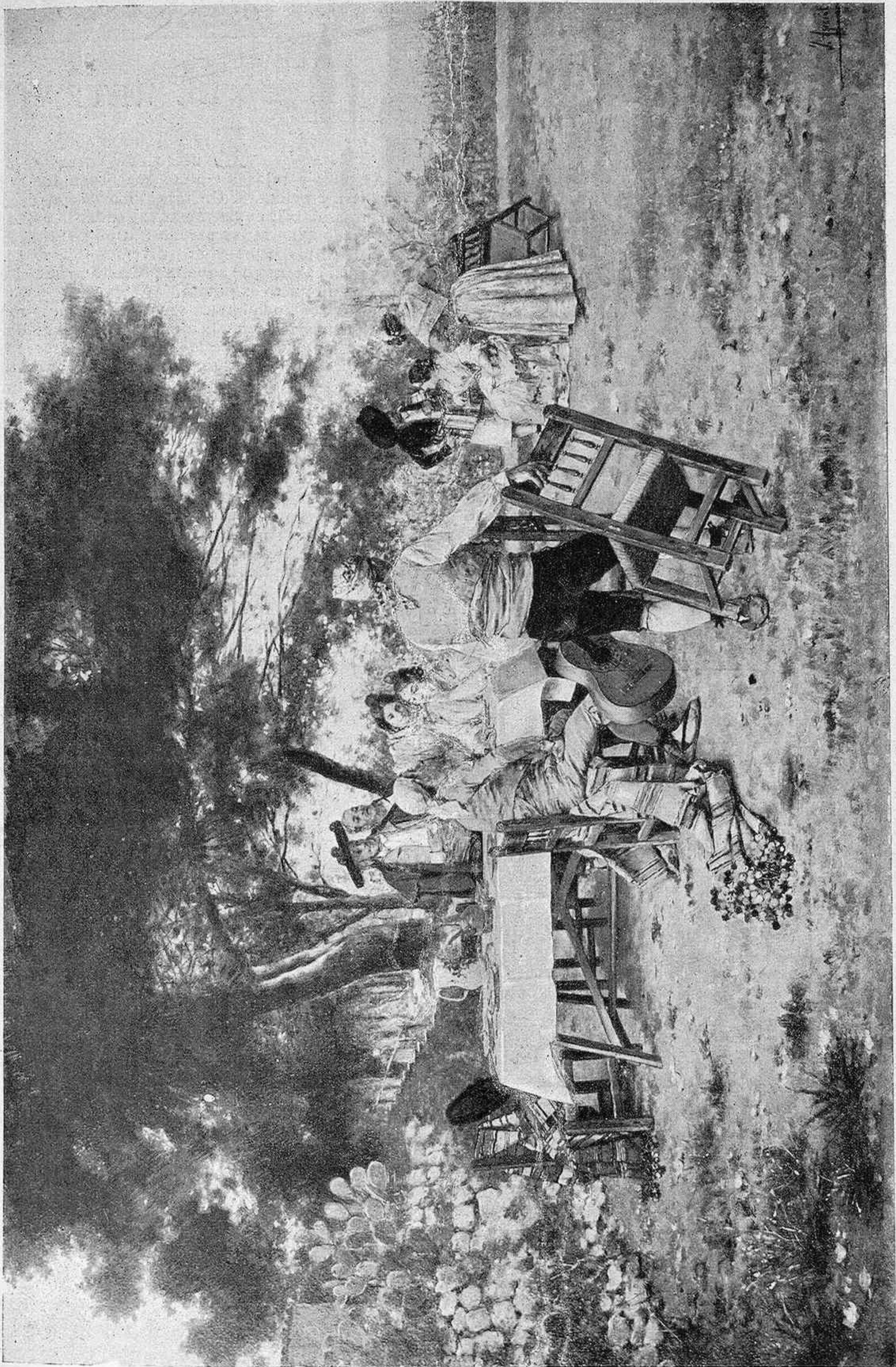
¿Porqué yace la selva silenciosa?  
¿Porqué no hay aves en la selva hermosa?  
Porque mi virgen pura,  
habitadora de ese sitio ameno,  
amando con locura  
á una ave hermosa, la guardó en su seno,  
y en su cariño santo,  
de amor y de placer brindóle tanto  
que el ave hermosa que esa dicha apura  
murió, de amor en la inocente lidia...  
y al saberse en la selva su ventura  
murieron todas las demás de envidia!

José CIBILS

*Rosario de Santa Fe.*

Orla de R. Costa.

JOAQUÍN AGRASOT



DESPUÉS DE LA MIRIANDA.





## EL RETRATO

**E**STAMOS en un gabinete amueblado con encantadora elegancia. Amplios y lujosos tapices guarnecen los huecos de las puertas y balcones. Un magnífico vaso etrusco ostenta hermosa planta, cuyas ramas extiéndense y se destacan en el fondo azul de las paredes: otros jarrones colocados en distintos sitios y mil diversos objetos de arte contribuyen al encanto de aquella preciosa estancia, cuya sillería es de un gusto exquisito.

Sentada en cómoda butaca se ve una hermosa mujer; sus ojos son negros como la noche, y á través de sus miradas preséntense misterios, como los presentimos vagamente al entrar en algún sitio donde todo son tinieblas. En ellas parecen agitarse sombras cuyos contornos no podemos definir; y en aquellos bellísimos ojos de languida y profunda mirada, creía uno ver agitarse también algo indefinible.

Esta mujer tiene en su mano derecha una carta que parece concluir de leer, mientras que la otra mano sirve de apoyo á su frente, por la que cruzan, sin duda alguna, mil encontrados pensamientos, á que dieron forma, quizá, la misiva que entre sus dedos sostenía.

— ¡Ese hombre me domina! — exclamó aquella encantadora mujer. — Me domina y me atrae; me persigue sin descanso, y yo lucho y me resisto... ¡Qué horrible situación la mía!... Me hallo ligada á un hombre á quien amé, el cual, gracias á su innoble conducta, ha hecho que el cariño que antes le profesaba desaparezca en absoluto de mi corazón. Me abandona por otras mujeres; transcurren días enteros sin verle, y cuando viene, después de haber pasado horas y más horas en escandalosas orgías, se enfada si llorando le recrimino su proceder... ¡Qué triste es mi suerte! Y para que mi tormento sea mayor, he hallado en mi camino un hombre que me enamora y que incesantemente me persigue, escribiéndome cartas en las que, como ésta, jura que me adora sobre todas las cosas de la tierra; y yo... yo también le amo! ¿Por qué no decirlo?

Un momento después, levantó Julia la cabeza y exclamó:

— ¡Sí!... ¡eso es!... Colocaré, esta noche, la luz donde me dice en su carta y echaré la llave.

Acaban de dar las doce de la noche.

La heroína de mi cuento entró con una luz en la mano en el gabinete que ya conocen mis lectores. Colocó la bujía sobre una mesita de caoba que había junto á un

balcón y esperó un minuto: después apagó la luz y, con mano trémula, abrió las vidrieras y miró á la calle. Debajo del balcón había un hombre envuelto en una amplia capa. Julia le arrojó una llave que previamente había envuelto en un pañuelo para que no hiciese ruido al caer y retiróse del balcón, que cerró. Echóse en una butaca y dijo:

— ¿Qué acabo de hacer, Dios mío? Oigo la llave en la cerradura... oigo pasos en la escalera... se acercan... ya están junto á la puerta... ¡No!... ¡No abro!... Pero si alguien sube en este momento y me ve... ¡Ea, valor! Tengo confianza en mí y sé lo que me debo á mí misma.

Y la atribulada mujer levantóse, dirigiéndose á la puerta que abrió, volviendo después al gabinete, seguida del individuo que solicitaba su amor.

Llegado que hubieron á la habitación, que tenuemente iluminaba una lámpara de cristal esmerilado, el hombre, á quien llamaremos Ricardo, dijo:

— ¡Cuánta felicidad me habéis proporcionado al concederme la entrevista que os pedí, encantadora Julia! — é intentó apoderarse de una mano de la dama, que ella retiró, á la vez que contestaba:

— ¡Hablemos con calma!

— ¡Hablemos! — repuso desconcertado su interlocutor.

Julia prosiguió:

— Nos hemos visto distintas ocasiones; en los teatros, en los saraos, en los paseos y en todos estos sitios me habéis hecho juramentos y protestas de amor.

— Es cierto; — manifestó Ricardo.

— ¡Ignoro, — continuó Julia, — si ese amor de que alardeáis es tan profundo y tan sincero como decís.



—Os juro que sí.

—Bien: he accedido á vuestros deseos, ante la amenaza de mataros debajo de mis balcones.

—Amenaza que estaba dispuesto á ejecutar,—interrumpió Ricardo.

—Para evitar una catástrofe y ahorrarme remordimientos, celebramos esta primera entrevista que será la última,—añadió Julia.

—¡La última!...

—La última, sí; pero en ella han de quedar perfectamente deslindados los campos, y habréis de oír cosas que os serán agradables, porque he resuelto haceros una confesión de mis sentimientos.

—¿Luego me amáis? ¡Oh dicha!...

—Os amo, sí: pero no abriguéis la esperanza de que algún día pueda ser yo vuestra; me debo á mi esposo. Por lo tanto, contentaos con lo que os brindo; no puedo ofreceros más. Desde hoy en adelante, tened la seguridad de que pienso en vos y de que mi corazón late al compás del vuestro. Esto es lo que tenía que deciros; ya nada tengo que añadir y os ruego que os marchéis porque es muy tarde.

—¿Y me despedís así?...

—¿Qué más queréis? ¿No tenéis la seguridad de que os amo? Os doy lo más hermoso; ¡el alma! el cuerpo sufre transformaciones y es materia grosera que se corrompe. ¿No estáis contento?

—Sí... muy contento .. Habéis dicho que me amáis y soy feliz, pero... antes de marcharme quiero merecer de vos un favor.

—¿Cuál?

—Que me permitáis besar vuestra mano.

Julia dudó un momento, pero al fin alargó la mano que la pedía.

Su amante estrechósele fuertemente é imprimió en ella varios besos.

—¡Dejadme!... ¡Soltad, que me lastimáis! ¡No hagáis que me arrepienta de haberos confesado mi amor!... —exclamó temblando Julia.

—¡Te adoro!—contestó Ricardo,—y repitió los besos.

—¡Por favor, no beséis más!... ¡Me abrasáis! —dijo Julia, tratando de retirar la mano, mientras volvía al cabeza para evitar las miradas de Ricardo. En este momento, los ojos de la dama fijáronse en un retrato de su madre, que había en la pared, y arrojando un grito, hizo un violento esfuerzo, consiguiendo desprenderse de su amante; cayó de rodillas ante el retrato de la santa mujer que la llevó en sus entrañas, y sollozando exclamó:

—¡Perdón, madre mía!...

Ricardo miró con asombro á Julia y permaneció inmóvil.

Cinco minutos después levantóse Julia, y dirigiéndose á él, le dijo:

—¡Salid! Creí que me respetaríais, me equivoqué y ¡Dios sabe cuánto me arrepiento del momento de debilidad que con vos he tenido! Por fortuna, la imagen de mi madre me avisó á tiempo haciéndome comprender la realidad. ¡Marchaos para siempre y tratad de olvidarme!

—¡Pero! ..

—¡Nada quiero oír! ¡Esa es la puerta!—interrumpió Julia, señalándola con ademán de reina.

Avergonzado y balbuceando excusas, salió del gabinete aquel hombre.

¡Julia era honrada! ¡Qué desencanto!

Cuando se hubo marchado Ricardo, aquella arrogante mujer miró nuevamente el retrato de su madre y, en medio de una encantadora sonrisa en la que se adivinaba la satisfacción del deber cumplido, dijo:

—Aún soy digna de ti, madre mía!

FRANCISCO DE TORRES Y

GISBERT

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.





MOINO DE SANTA CLARA

## DOS PESOS

—Amigo ¿tienes dos pesos?  
 —¡Pues no los he de tener!  
 —Si prestármelos quisieras  
 hasta que concluya el mes,  
 muy grato y reconocido  
 por siempre te quedaré.  
 —Yo, que te los doy con gusto,  
 soy quien debe agradecer  
 tu aceptación, caro amigo.  
 —¿Me los regalas? Tal vez  
 te podrían hacer falta,

y yo no quisiera ser  
 gravoso á tus intereses.  
 —No me hacen falta; al revés,  
 que me sobran y contento  
 te los voy á dar, Miguel.  
 Mas sígueme, que en mi casa  
 los tengo guardados; ven,  
 y ya verás qué *dos pesos*...  
 con mi suegra y mi mujer.

WASHINGTON P. BERMÚDEZ

Montevideo.

### † MANUEL ARGÜELLO MORA

Con hondo sentimiento tenemos que participar á nuestros lectores la muerte de don Manuel Argüello Mora, el distinguido escritor costarricense cuyos trabajos han honrado tantas veces las páginas de PLUMA Y LÁPIZ.

Dicho señor había desempeñado en su país, con no común inteligencia, cargos importantísimos, cosechando en todos ellos simpatías y agradecimientos por su carácter afable y bondadoso.

La República entera viste luto en el corazón por la pérdida de tan ilustre patricio.

Reciba la familia del finado, y en especial su señor hijo, — querido amigo nuestro, — don M. Argüello de Vars, nuestro más sentido pésame, por la triste desgracia que, al privarle de un padre cariñoso, nos priva á nosotros de un amigo y á la lengua castellana de uno de sus más entusiastas cultivadores.

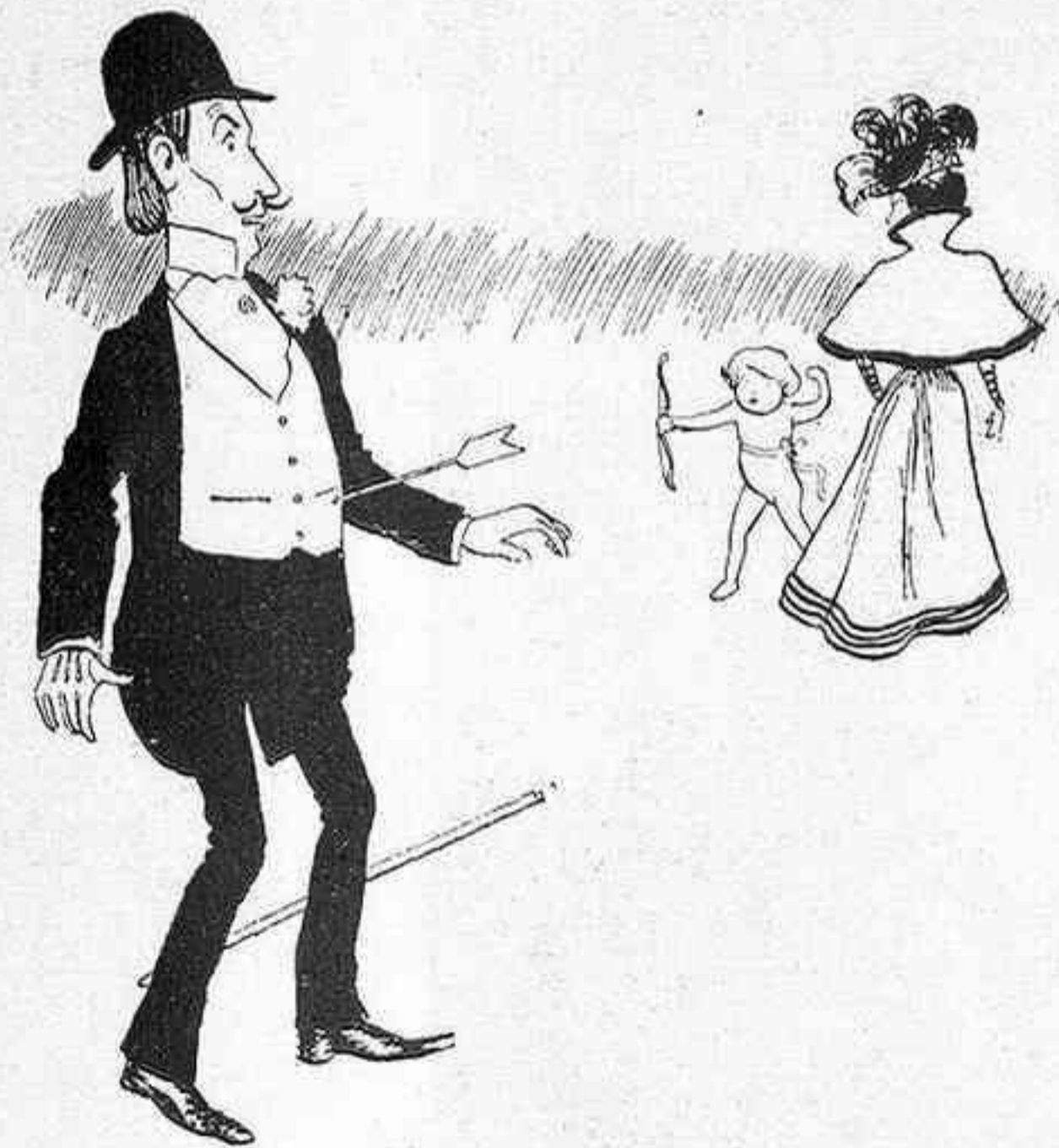
LA REDACCIÓN



1.



2.



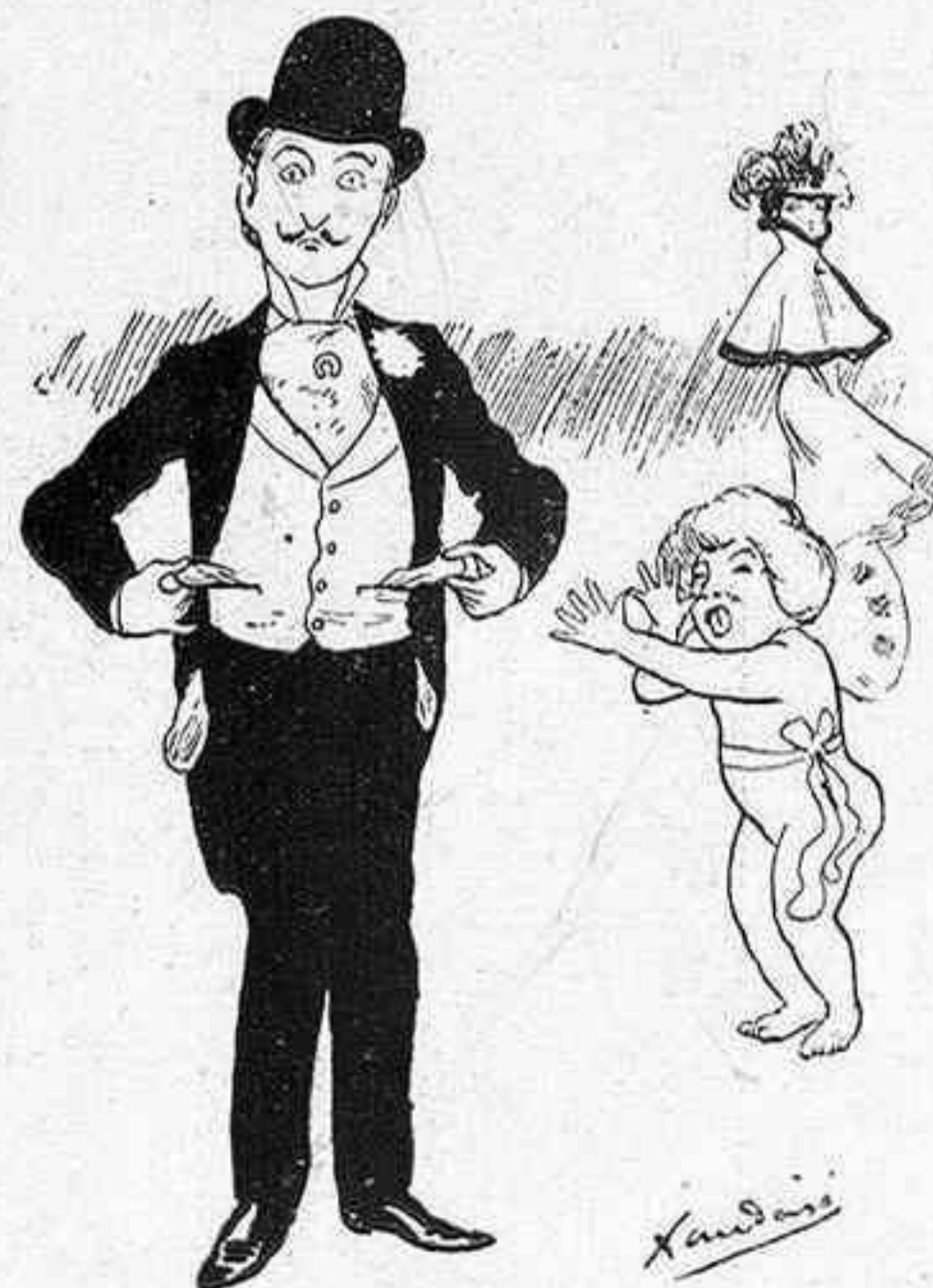
3.



4.



5.



6.

Xaudaró

